EL MILENARISMO FRANCISCANO EN MÉXICO Y EL PROFETA DANIEL

Elsa Cecilia Frost
El Colegio de México

Hay entre los libros del Viejo Testamento uno que parece ser un compendio de problemas. Si empezamos por la identidad del autor, nos encontramos con que según la evidencia interna el libro no pudo haber sido escrito durante el siglo VI a.c. como se había venido creyendo hasta el siglo pasado [1] y por lo tanto, no puede atribuirse al profeta Daniel. Si época y autor son problemáticos, no lo es menos su redacción, puesto que en él se mezclan las narraciones (caps. I-VI) y las visiones proféticas (caps. VII-XII), escritas en un estilo muy diferente. Los seis primeros capítulos cuentan, en forma muy sencilla y en tercera persona, la vida de un joven hebreo —Daniel— en la corte de Babilonia y el ascendiente que logró alcanzar sobre Nabucodonosor gracias a su facultad de interpretar los sueños. El relato termina en la época de Ciro el Persa. En los capítulos siguientes, el propio Daniel describe, usando un lenguaje complicado y deliberadamente oscuro, una serie de terribles visiones cuya interpretación da él mismo. Los dos últimos capítulos (XIII y XIV) retoman el hilo del relato y, haciendo caso omiso del tiempo transcurrido —que puede precisarse por la sucesión de reinados—, Daniel

[1] Para este análisis me baso principalmente en Grollenberg, 1971, pp. 295-308. *Cf.* también Barsotti, 1967, pp. 9-17, 291-301, y la "Introducción a los profetas" de la Biblia de Jerusalén, versión de la que se han tomado todas las citas. Véanse las explicaciones sobre siglas y referencias al final de este artículo.

se vuelve a presentar como un joven cuya sabiduría le permite triunfar sobre el mal.

Como vemos, en el libro se entremezclan temas y estilos; a ello se añade otra dificultad: tal como ha llegado hasta nosotros, ha sido traducido de tres lenguas distintas, hebreo, arameo y griego. Los exegetas han querido explicar esta diversidad recordando que, tras el destierro, el arameo fue convirtiéndose en lengua popular, en tanto que el hebreo quedó reservado a la liturgia. Por ello, sería de esperar que los relatos estuvieran escritos en arameo, en tanto que para las visiones se usara el hebreo. Sin embargo, el esquema no se ajusta a la realidad, ya que el libro se inicia en hebreo y sólo en el capítulo II (a la mitad del versículo 3) empieza a utilizarse el arameo que abarca hasta el capítulo VII completo. Las visiones siguientes aparecen en hebreo y, como para complicar más el trabajo del traductor, las biblias católicas añaden los dos relatos finales, tomados de la versión griega, lo mismo que las bellísimas oraciones intercaladas en el capítulo III.

A esta confusión de lenguas aún ha de agregarse que la mayoría de los relatos y las visiones llevan una fecha que, a pesar de algunas incongruencias (¡nunca existió un "Darío el Medo"!), permitieron establecer una cronología precisa: del reinado de Nabucodonosor (605-562) al de Ciro (553-529). De aquí que, como dije al principio, durante siglos se haya considerado —sin duda de acuerdo con la intención de su autor— que el libro era una crónica contemporánea de los sucesos descritos. Hay, empero, algunos datos que hicieron que esta idea fuera abandonada. Daniel carece de uno de los rasgos más característicos de los escritos proféticos, a saber, la vaguedad de todos los enunciados referentes al futuro, que no son nunca afirmaciones sino más bien sugerencias veladas, en contraste con la precisa descripción del presente. En Daniel parece darse el caso contrario, pues todo lo referente a la vida del profeta mismo resulta poco claro, aun concediendo que el autor no quisiera entrar en más detalles. Por contra, el futuro aparece nítidamente

dibujado y hasta puede decirse que gana en exactitud en la medida en que se aleja del presente. Esto convierte a Daniel en un caso especial, pues vendría a ser el único profeta con un conocimiento exacto del futuro. Esta inversión de términos fue lo que hizo sospechar a la exégesis que lo que aparece en el libro como presente lo fuera en realidad y se empezó a considerar que Daniel debe clasificarse no entre los libros proféticos *stricto sensu*, sino entre los escritos apocalípticos.

Con ello nos enfrentamos a un nuevo problema: el de la llamada literatura apocalíptica. Las obras así consideradas —los apocalipsis de Enoc, Noé, Abraham, Moisés, Isaías, Esdras y Daniel— surgieron durante los siglos II y I a.c. como respuesta a una de las mayores crisis que el pueblo judío ha tenido que arrostrar a lo largo de su historia. Fue éste el momento en que Antíoco IV Epifanes suprimió los sacrificios diarios en el templo y erigió "la abominación de la desolación". Fue la época en que los Macabeos se levantaron contra los soberanos seléucidas a fin de recobrar la libertad religiosa y política de su pueblo. Fue la época, en suma, en que el judaismo se sintió amenazado por un nuevo enemigo que lo atacaba insidiosamente no desde fuera —aunque tampoco esto le faltara—, sino desde dentro. El helenismo, aceptado ya por las clases altas, amenazaba con la corrupción total de la vida y las costumbres judías. Ante esta nueva prueba, una más en la larga serie de desastres, derrotas, exilios y dispersiones que tan mal se avenía con su conciencia de ser el pueblo elegido, los judíos reaccionaron mediante los apocalipsis, es decir, las "revelaciones" de Dios a su pueblo. Puede decirse que todos ellos tienen un mismo tema: el anuncio del triunfo final que el "resto fiel" alcanzará al cumplirse los tiempos. Y para dar mayor peso y credibilidad a este anuncio, las revelaciones se atribuyeron, como vimos, a algún personaje venerado del pasado. Dios, ese Dios que había escogido a Israel y lo había rescatado de los peligros anteriores, habla por boca de estos hombres y reafirma que su poder está por encima de cualquier

poder temporal; los judíos deben recordar que ha acudido una y otra vez en su ayuda y que también ahora lo hará. No hay que perder la fe, pues esta crisis, estos sufrimientos son vaticinio de que el fin está ya cerca. Yavé aniquilará a sus enemigos y consolidará su poder sobre el mundo. Los justos vivirán entonces en un nuevo edén. Ahora que, bien visto, toda esta literatura apocalíptica plantea aún otro problema, pues, como dice Grollenberg: [2] "¿cómo se va a inculcar la confianza en la asistencia de Dios, valiéndose para ello de *un relato ficticio* sobre una liberación obrada por Dios?" Y no cabe duda de que sus contemporáneos sabían que se trataba de un relato ficticio, de una profecía "hecha hacia atrás".

Sea cual fuere la respuesta a este último interrogante, el libro de Daniel —a pesar de todos los problemas que plantea, algunos únicos y otros, como vimos, compartidos con el género al que pertenece— ha tenido una suerte distinta a la de sus congéneres. Este escrito oscuro y difícil, enigmático y "sellado" por su propio autor, es el único apocalipsis que fue aceptado dentro del canon del Antiguo Testamento y su influencia penetró en tal medida la llamada cultura cristiana que apenas si habrá hombre culto criado dentro de esta tradición que no haya oído hablar del festín de Baltasar y de la misteriosa escritura en la pared, que no sepa lo ocurrido a Susana con los viejos y a Daniel en el foso de los leones o que no haya usado alguna vez, para referirse a la fragilidad de las cosas humanas, el símil del "ídolo de los pies de barro". Y éste —que en realidad no es un ídolo, sino una estatua y que paradójicamente ha demostrado una resistencia al tiempo que desmiente lo quebradizo de su sostén— es el protagonista de este artículo.

Recordemos los versículos en que hace su aparición:

> Tú, oh rey, has tenido esta visión: una estatua, una enorme estatua, de extraordinario brillo, de aspecto terrible,

2 GROLLENBERG, 1971, p. 304.

se levantaba ante ti. La cabeza de esta estatua era de oro puro, su pecho y sus brazos de plata, su vientre y sus lomos de bronce, sus piernas de hierro, sus pies parte de hierro y parte de arcilla. Tú estabas mirando, cuando de pronto una piedra se desprendió, sin intervención de mano alguna, vino a dar a la estatua en sus pies de hierro y arcilla, y los pulverizó. Entonces quedó pulverizado todo a la vez: el hierro, la arcilla, el bronce, la plata y el oro; quedaron como el tamo de la era en verano, y el viento se lo llevó sin dejar rastro. Y la piedra que había golpeado la estatua se convirtió en un gran monte que llenó toda la tierra. Tal fue el sueño; ahora diremos ante el rey su interpretación. Tú, oh rey... tú eres la cabeza de oro. Después de ti surgirá otro reino, inferior a ti, y luego un tercer reino, de bronce, que dominará la tierra entera. Y habrá un cuarto reino, duro como el hierro, como el hierro que todo lo pulveriza y machaca; como el hierro que aplasta, así él pulverizará y aplastará a todos los otros. Y lo que has visto, los pies y los dedos, parte de arcilla y parte de hierro, es un reino que estará dividido; tendrá la solidez del hierro, según has visto el hierro mezclado con la masa de arcilla. Los dedos de los pies, parte de hierro y parte de arcilla, es que el reino será en parte fuerte y en parte frágil. Y lo que has visto: el hierro mezclado con la masa de arcilla, es que se mezclarán ellos entre sí por simiente humana, pero no se mezclarán el uno al otro, de la misma manera que el hierro no se mezcla con la arcilla. En tiempo de estos reyes, el Dios del cielo hará surgir un reino que jamás será destruido, y este reino no pasará a otro pueblo. Pulverizará y aniquilará a todos estos reinos, y él subsistirá eternamente: tal como has visto desprenderse del monte, sin intervención de mano humana, la piedra que redujo a polvo el hierro, el bronce, la arcilla, la plata y el oro. El Dios grande ha manifestado al rey lo que ha de suceder. El sueño es verdadero y su interpretación digna de confianza.[3]

Su interpretación es, además, clara y fácil de puntualizar. Si la cabeza de oro es el reino babilonio, el pecho y los

[3] Dn II, 31-37, 39-45.

brazos de plata será el de los medos, el vientre y los lomos de bronce el de los persas, las piernas de hierro el de Alejandro Magno y los pies de hierro y arcilla el imperio dividido de sus herederos. (Nótese, por otra parte, cómo los reinos contemporáneos de Daniel se despachan en unas cuantas líneas y los detalles van en aumento conforme se "profetiza" el futuro.) La piedra que se desprende del monte, "sin intervención de mano alguna", es, desde luego, símbolo de la intervención decisiva de Dios para salvar a su pueblo e inaugurar el reino de los justos que "llenará toda la tierra". Sin embargo, como todos sabemos, esta interpretación tan "digna de confianza" y tan clara no tuvo cumplimiento. Por el contrario, en vez del surgimiento del reino mesiánico, lo que los judíos tuvieron sobre sí fue la amenaza romana, mucho mayor que cualquiera de las anteriores. Algo andaba mal en la interpretación, puesto que no era posible poner en duda la profecía misma. La dificultad se superó de modo muy simple. Medos y persas se convirtieron en un solo imperio, el macedonio pasó a ser el de bronce y Roma pudo identificarse con el siguiente, "duro como el hierro". La esperanza en la liberación se mantuvo intacta y la estatua siguió en pie hasta la aparición del cristianismo.

Éste no modificó el esquema interpretativo salvo en un punto: identificó la piedra con Cristo. Este reconocimiento de Jesús como el Mesías esperado dio origen a una nueva concepción de la historia. Ahora no únicamente se postulaba, como en el judaismo, una creación y un futuro fin del mundo, sino que se hizo de la muerte de Cristo la consumación de la historia. De hecho, el tiempo —la historia— ha llegado a su fin, puesto que todas las promesas de Dios se han cumplido en Cristo. Consumada la obra redentora, el fin del mundo no puede estar ya en un futuro indeterminado, sino muy próximo. Como confirmación de ello, contaban los cristianos no sólo con el texto de Daniel y con toda la tradición profética, sino con el Nuevo Testamento. ¿Acaso no afirmó el propio Jesucristo que su segunda venida, al final de los tiempos, era inminente? La primera

generación cristiana vive en un tenso clima espiritual apenas imaginable para sus descendientes, y todo suceso histórico es interpretado en función de la parusía. Por ejemplo, se ve en las persecusiones del tiempo de Nerón el cumplimiento de un pasaje del llamado "Discurso escatológico" de Jesús.[4] Y cuando las frases que el Evangelio presenta como heraldos del juicio final: "Jerusalén cercada por ejércitos",[5] y "la abominación de la desolación, anunciada por el profeta Daniel, erigida en el Lugar Santo",[6] se identificaron con la caída de Jerusalén en manos romanas, la expectación llegó al máximo, pues el texto de san Lucas añade: "cuando veáis que sucede esto, caed en cuenta de que el Reino de Dios está cerca. Yo os aseguro que no pasará esta generación hasta que todo esto suceda".[7]

Es fácil imaginar el desasosiego y la frustración de los fieles al ver que la segunda parte de la profecía parecía retrasarse indefinidamente. Las bases mismas de la fe semejaban tambalearse, pues al no hallar cumplimiento el suceso que debía cerrar la historia, ésta perdía todo sentido. La solución del enigma se halló mediante una lectura cuidadosa del mismo capítulo de san Mateo que había hecho pensar que la parusía estaba próxima. En efecto, algunos versículos antes, san Mateo asienta que: "Se proclamará esta Buena Nueva del Reino en el mundo entero para dar testimonio a todas las naciones. Y entonces vendrá el fin."[8] El tiempo histórico debe proseguir, así lo exige la necesidad de que el evangelio llegue a todos los pueblos y a todos los hombres para dar a cada uno la oportunidad de aceptar o rechazar la salvación ofrecida por la pasión y muerte del

4 *Cf.* Lc XXI, 12-19. El "Discurso escatológico" aparece en Mt XXIV-XXV, Me XIII y Le XXI; cito indistintamente de uno u otro de los sinópticos, según la claridad del texto.

5 Lc XXI, 20.

6 Mt XXIV, 15.

7 Le XXI, 31-32.

8 Mt XXIV, 14.

Mesías. La historia pasa a ser, pues, un "intervalo", un compás de espera, hasta que llegue el momento de separar el trigo de la cizaña. Después de que Dios se hizo hombre y murió por toda la humanidad, lo único que puede esperarse es que la fe llegue hasta los más remotos rincones del orbe. Sólo entonces, cuando la palabra haya llegado a todos, podrá presentarse el fin, en el momento dispuesto por Dios y que irrumpirá de pronto, pues "de aquel día y hora, nadie sabe nada, ni los ángeles en el cielo, ni el Hijo, sino sólo el Padre".[9]

Sin embargo, una cosa es encontrar la solución de un problema y otra muy distinta lograr que sea aceptada por todos, en especial, tratándose de temas tan escurridizos como los teológicos. Por grande que fuera la autoridad de la iglesia sobre las conciencias y por muchas exhortaciones, sermones y amonestaciones que los mayores padres y doctores dirigieran a los fieles, lo cierto es que nunca pudo acabarse con las especulaciones escatológicas. El afán por identificar las señales que preludiarán la consumación de los tiempos resultó inextinguible y su persistencia no puede atribuirse a una mera curiosidad malsana. En tiempos de tribulaciones todos tendemos, lo mismo que los judíos, a buscar una vía de escape, un alivio. Y la historia del cristianismo ha conocido muchas crisis.

Por lo que se refiere a la profecía de Daniel, debe añadirse que la lectura del capítulo xx del Apocalipsis de san Juan —surgido, como su contrapartida veterotestamentaria, para consolar a los perseguidos—, capítulo en el que se menciona el reino de mil años, llevó a muchos a identificarlo con ese otro reino que "subsistirá eternamente". El milenarismo nace precisamente de esta identificación y es en vano que san Agustín la llame "fábula ridicula", producida por un mal entendimiento de los textos.[10]

9 Mc xiii, 32.

10 San Agustín, lib. xx, cap. vii.

La historia de la iglesia es pródiga en episodios milenaristas, violentos unos, conmovedores otros. Siglo tras siglo, cada vez que la situación real se hace intolerable, surge un nuevo vidente inspirado que interpreta los sucesos contemporáneos de acuerdo con su deseo de un mundo más justo. Las imágenes de Daniel y del Apocalipsis irrumpen siempre de nuevo en los escritos milenaristas y son descifradas por el "profeta" en turno sea para hacer un llamado a la penitencia —"porque el reino de los cielos está cerca"—, sea para acabar con los pecadores a fin de que, tras este baño de sangre, Cristo establezca su reino terrenal. Como es lógico, estos movimientos proliferan al acercarse el año 1000, pero aunque el Juicio no se realice, la fe no titubea, pues siempre puede encontrarse alguna explicación de la demora. Así, los profetas milenaristas se suceden ininterrumpidamente a lo largo de toda la edad media. Para comprobarlo basta con echar una ojeada al estudio de Cohn, *En pos del milenio*.[11] Todavía a principios del siglo XVI, el llamado "revolucionario del Alto Rin" identifica en el *Libro de los cien capítulos* los cuatro imperios sucesivos de Daniel con Francia, Inglaterra, España e Italia, profetizando que Alemania sería ese quinto imperio "que jamás será destruido".[12] O lo que es lo mismo, la estatua seguía en pie.

Dados estos antecedentes, ¿habremos de sorprendernos porque el descubrimiento de América hiciera resurgir la esperanza, en este caso enteramente ortodoxa, en la proximidad de la parusía? Si ésta se había detenido, por así decirlo, hasta que el evangelio se hubiese predicado a todos los hombres, ¿no auguraba la recién hallada redondez del mundo que el ciclo está por cerrarse y cercana la terminación del "intervalo"? Los primeros evangelizadores de la Nueva España, atónitos ante la presteza de los indios para aceptar el bautismo —y aquí no tenemos por qué detenernos en los

11 COHN, 1972.
12 COHN, 1972, p. 132.

móviles que los llevaban a ello—, creyeron que no estaba ya lejano el día en que habría, por fin, "un solo rebaño y un solo pastor".

Quizá sea necesario aclarar, desde ahora, por qué he dicho que esta esperanza es enteramente ortodoxa. Ninguno de nuestros franciscanos puede ser clasificado como un exaltado, no hay entre ellos ningún fanático milenarista que predique la cercanía del reino por campos y ciudades, arrastrando tras de sí multitudes dispuestas al arrepentimiento o a establecer, por medio de la espada, el quinto imperio; ninguno se arroga el papel de profeta, todos son respetuosos de los mandatos de la iglesia y de su propia regla. Son sencillamente hombres de su siglo que interpretan los acontecimientos que les toca vivir a la luz de sus conocimientos bíblicos y esto produce en ellos un cierto estado de ánimo, una cierta renovación de la esperanza escatológica que, por lo demás, nunca puede estar ausente en la vida de cualquiera que tome en serio las palabras de Cristo: "Estad alerta y vigilad, porque ignoráis cuándo será el momento." [13] Así, no sólo los sucesos de carácter positivo —la conversión de los indígenas, por ejemplo—, sino aun los de carácter negativo entran en el esquema y son explicados a partir de él. A nosotros, la muerte de miles de aborígenes, por las epidemias o porque "se dejaban morir", nos llevaría quizá a la desesperanza en cuanto a la cristianización del mundo. En cambio, la fe de los franciscanos se robustece con esto, pues si la población del Nuevo Mundo está por desaparecer, esto sólo puede significar que, cumplida ya aquí la misión, el próximo paso es la evangelización de Asia, usando estas nuevas tierras como un mero puente. Y no son sólo los sucesos americanos los que alimentan esta fe, sino también los europeos, entre ellos, uno que podía haber puesto fin a cualquier esperanza de que la fe llegara a ser verdaderamente universal: el cisma provocado por Lutero. ¿Cómo podrían

[13] Mc XIII, 33.

cumplirse las palabras de Cristo si naciones enteras, que hasta entonces le habían sido fieles, se volvían en contra de su iglesia? El pensamiento teológico español une, en busca de la solución, dos acontecimientos sin relación al parecer y afirma que la Providencia entrega América a la iglesia justo para que las almas de los neófitos indígenas ocupen el lugar que dejan los descarriados. Así, según Mendieta, Lutero y Cortés nacieron el mismo año, "aquél para turbar el mundo y meter debajo de la bandera del demonio a muchos de los fieles que de padres y abuelos y muchos tiempos atrás eran católicos, y éste para traer al gremio de la iglesia infinita multitud de gentes que por años sin cuento habían estado bajo el poder de Satanás" ..., de modo que en este Nuevo Mundo se restaurase y compensase a "la iglesia católica con conversión de muchas ánimas, la pérdida y daño grande que el maldito Lutero había de causar en la misma sazón y tiempo en la antigua cristiandad".[14] No de otra manera había obrado Dios cuando los judíos rechazaron al Mesías, pues dejando de lado a su pueblo elegido, se suscitó otro entre los gentiles.

Pero volvamos a la estatua soñada por Nabucodonosor, a la que encontramos pronto en estas tierras, dado que en la carta-alegato[15] que uno de los doce, Motolinía, dirige al emperador aparece ya en forma muy explícita. Lo extraño es el contexto en el que se presenta, pues el fin perseguido por fray Toribio es deshacer los engaños del de Las Casas o Casaus y no ocuparse de vanas especulaciones milenaristas. Sin embargo, tras de demostrar paso a paso la falta de caridad que ha distinguido todos los actos de fray Bartolomé —"hombre tan pesado, inquieto e importuno"— y sin que ni el texto anterior ni los *Tratados* de Las Casas den pie para ello, Motolinía encuentra algo nuevo de qué acusarlo: "el

[14] MENDIETA, 1971, lib. III, cap. I.

[15] MOTOLINÍA, 1971, pp. 403-423; fechada en Tlaxcala el 2 de enero de 1555.

de Las Casas en lo que dice quiere ser adivino o profeta y será no verdadero profeta, porque dice el Señor: 'será predicado este evangelio en todo el universo antes de la consumación del mundo'." E inmediatamente después pasa a hacer un apasionado requerimiento al emperador para que se dé prisa en la predicación de la Buena Nueva. Vuelve sin transición alguna a su tema principal y echa en cara a Las Casas "el decir que todos los tributos son y han sido mal llevados" y para confirmar la legitimidad de la tributación cita por extenso el capítulo n de Daniel:

> Y este reino de Nabucodonosor fue la cabecera de oro de la estatua que él mismo vio, según la interpretación de Daniel, cap. 2º; y Nabucodonosor fue el primero monarca y cabeza del imperio. Después, los persas y medos destruyeron a los babilónicos en tiempo de Ciro y de Darío, y este señorío fueron los pechos y brazos de la misma estatua. Fueron dos brazos, conviene a saber, Ciro y Darío, y persas y medos. Después, los griegos destruyeron a los persas en tiempo de Alejandro Magno, y este señorío fue el vientre y los muslos de metal, y fue de tanto sonido este metal, que se oyó por todo el mundo, salvo en esta tierra, y salió fama y temor del grande Alejandro, que está escrito *siluit terra in conspectu eius.* Y como conquistase Asia, los de Europa y África le enviaron embajadores y le fueron a esperar con dones a Babilonia, y allí le dieron la obediencia. Después, los romanos sujetaron a los griegos, y éstos fueron las piernas y pies de hierro, que todos los metales consume y gasta. Después, la piedra cortada del monte sin manos, cortó y disminuyó la estatua e idolatría, y éste fue el reino de Cristo.[16]

Como vemos, la interpretación del texto de Daniel es la usual, lo extraordinario es el uso que le da el franciscano, ya que en todos los versículos a que hace referencia no se habla para nada de tributos y la cita no parece ajustarse al intento de Motolinía. Pero lo más sorprendente es que des-

16 MOTOLINÍA, 1971, p. 412, § 19.

pués de mencionar de nuevo la respuesta de Cristo cuando se le preguntó si era lícito pagar tributo al César, fray Toribio se desentiende del problema, que remite, junto con el de la guerra justa, al consejo real, y vuelve al texto profético:

> Mas es de notar lo que el profeta Daniel dice en el mismo capítulo; que Dios muda los tiempos y edades, y pasa los reinos de un señorío en otro; y esto por los pecados, según parece en el reino de los cananeos, que lo pasó Dios en los hijos de Israel con grandísimos castigos; y el reino de Judea, por el pecado y muerte del Hijo de Dios, lo pasó a los romanos y los imperios aquí dichos. Lo que yo a vuestra majestad suplico es que el quinto reino de Jesucristo, significado en la piedra cortada del monte sin manos, que ha de henchir y ocupar toda la tierra, del cual reino vuestra majestad es el caudillo y capitán, que mande vuestra majestad poner toda la diligencia que sea posible para que este reino se cumpla y ensanche y se predique a estos infieles...[17]

La impresión general que deja la lectura de estos parágrafos es que Motolinía —casi a pesar suyo— se ve arrastrado a dar expresión a su preocupación escatológica. De allí las frases finales de exhortación a Carlos V, cuyo imperio es identificado con el quinto reino, es decir, con el reino milenario.

Pero si este texto es desconcertante, mucho más lo es el que encontramos en los *Memoriales*, aunque lo sea por un motivo distinto. Pues si bien aquí aparece, muy lógicamente, dentro de una exposición sobre las edades del mundo, lo que Motolinía dice nos toma completamente por sorpresa. Con gran cautela, porque "siempre hemos de huir de nuevas invenciones y opiniones que son contra la común" y que hasta pueden acarrearnos la pena de excomunión, el franciscano asienta:

[17] MOTOLINÍA, 1971, p. 412, § 19.

> Donde no me quiero entremeter ni disputar cuántos años ha que comenzó el mundo, ni si es a los hombres incierto su principio o incógnito como el día del juicio... los católicos varones y santos dividen este tiempo en seis edades,[18] dejada la división poética que es en cuatro edades; la primera llaman edad de oro, la segunda de plata, y la tercera de metal y la cuarta de hierro, que esto es habido [a] otro respeto, conforme a la estatua que vido San Francisco, que tenía la cabeza de oro, los pechos de plata, el cuerpo de metal y los pies de hierro.[19]

Si el propósito de Motolinía hubiera sido el de dejarnos perplejos, difícilmente hubiera podido hallar un modo mejor de hacerlo. Tenemos aquí los elementos ya conocidos: la preocupación temporal y la estatua de diversos metales usada desde antiguo como esquema para la interpretación de la historia, pero ahora resulta que esta estatua no es fruto del sueño del rey de Babilonia, sino que fue vista, también en sueños, por el Pobrecillo de Asís. ¿Podemos atribuirlo a un error de fray Toribio? No es probable, puesto que a lo largo de toda su obra ha dado amplias muestras de conocer bien a los autores bíblicos. ¿Podría tratarse entonces de un cambio deliberado? También a esta pregunta habría que contestar negativamente, pues la cautela de que Motolinía da prueba siempre que trata estos temas no se aviene con una súbita y deliberada tergiversación que, por lo demás, no parece conducir a nada. ¿Se tratará entonces de un error de copia? Esto resulta asimismo difícil de aceptar, pues no hay entre los nombres de Nabucodonosor y Francisco semejanza alguna que pudiera explicar el *lapsus calami*. La

[18] Fue san Agustín quien dividió la historia en seis edades según el modelo de la vida humana: infancia, niñez, juventud, virilidad, madurez y ancianidad, modelo que corresponde también a los seis días de la creación. El cristianismo, la plenitud de los tiempos, es la sexta edad y el fin está ya cerca. La bienaventuranza equivale al séptimo día de la creación. *Cf.* san Agustín, lib. XXI, cap. XXX.

[19] MOTOLINÍA, 1971, pp. 387-388, § 785.

única hipótesis aceptable parecería ser, en consecuencia, que se trata de un episodio de la vida de San Francisco, poco conocido para nosotros, pero que fuera moneda corriente entre los franciscanos de entonces y que puede tener gran importancia porque resultaría un enlace directo entre la esperanza milenarista y la tradición franciscana.

La única manera de solucionar la incógnita es, por lo tanto, investigar si en algún momento se atribuyó tal sueño al santo. Las *Florecillas*, el *Espejo de perfección* y la *Leyenda de los tres compañeros*, que parecerían ser la fuente más probable, nada dicen al respecto, como tampoco la *Vida primera*, escrita por el beato Tomás de Celano (1229). Sin embargo, el propio Celano escribió algunos años más tarde (1246-1247) otra biografía, conocida sencillamente como *Vida segunda*, que es, según sus editores, una obra de tesis. En efecto, algunos años antes, durante el gobierno de fray Elias (1232-1239), habían empezado a aparecer algunos síntomas de escisión dentro de la orden. El tropiezo principal no era otro que la amada Dama Pobreza de san Francisco, a quien sus seguidores consideraban imposible amar en la misma medida. Fueron muchos los que pensaron que la disciplina que Francisco se exigía a sí mismo era imposible de traducir a una regla general. Lo que se pedía, por lo tanto, era una cierta suavización del voto de pobreza. Los llamados "observantes" o "celantes", empero, vieron en este voto el fundamento mismo de la orden y consideraron que todo franciscano debe seguir lo más fielmente que le sea posible los pasos del fundador. Esta lucha interna hizo necesaria la elaboración de la nueva biografía del santo, en la que el autor insiste una y otra vez en el lazo indisoluble que liga a los frailes menores con la pobreza.

Pues bien, en la segunda parte de esta *Vida* [20] encontramos un encabezado que reza: "Visión referente a la pobreza"; si a pesar de que el título es tan poco prometedor

[20] San Francisco, 1971, pp. 388-389.

con respecto a nuestro problema seguimos leyendo, nos toparemos de súbito con la solución. El texto dice así:

> Cierta noche, terminada ya la larga oración, quedóse poco a poco dormido. Su santa alma fue introducida en el santuario de Dios, y en sueño vio, en compañía de otras muchas, una gran señora, vestida de la siguiente manera: su cabeza parecía de oro; sus pechos y brazos, de plata; el vientre, de cristal, y lo restante, de hierro; su estatura era alta; el talle, esbelto; la proporción, armoniosa. Mas la señora ocultaba sus delicadas formas con asqueroso manto...

Las diferencias con el texto bíblico son evidentes: Celano habla de una mujer, no de una estatua, cuyo vientre es de cristal y no de metal como dice Motolinía, ni de bronce como afirma Daniel, agregándole además el detalle del manto. Pero sigamos con el texto. Se nos dice que san Francisco contó su sueño a fray Pacífico, "pero sin desentrañar el significado", por lo que los discípulos intentaron interpretarlo cada uno a su manera. Para fray Pacífico:

> Esta gran señora de egregias formas representa el alma de san Francisco. La cabeza de oro significa su contemplación y su conocimiento de las verdades eternas; el pecho y los brazos de plata son las palabras de Dios meditadas en el corazón y llevadas a la práctica; la transparencia del cristal figura la sobriedad y hermosura de la castidad; el hierro significa la firme perseverancia, y el raquítico y sucio manto, el despreciable cuerpecillo en que aquella preciosísima alma estaba envuelta. Sin embargo, otros muchos, poseedores del espíritu de Dios, interpretan y dicen que dicha señora, cual esposa del santo, es la pobreza. El premio de la gloria, explican, la hizo de oro; la voz de la fama, de plata; una sola profesión sin manchas de dentro y de fuera, cristalina, y la final perseverancia, de hierro. Y el manto asqueroso de tan excelsa señora creyeron ser la falsa reputación de los hombres carnales. Muchos aplicaban este oráculo a la religión, según su sucesión de los tiempos, a estilo de la interpretación de Daniel. Pero lo más probable es que significara alguna cosa tocante al santo padre,

quien, para evitar todo peligro de vanagloria, no quiso nunca autorizar su interpretación. Sin duda, si ella hiciera referencia a la orden, no la hubiera pasado en silencio.

Como vemos, tanto Celano como los anónimos intérpretes del sueño se dan plena cuenta de su semejanza con el sueño de Nabucodonosor y hasta consideran que la interpretación puede ser la misma, pero no pasan de allí y el tema no vuelve a ser mencionado en este texto. Es más, algunos años después, el capítulo general reunido en Narbona decidió que era necesaria una nueva biografía del santo —tarea que recayó en el nuevo general de la orden, san Buenaventura—, pero en ella, la llamada *Leyenda mayor de san Francisco* (1261), que sería la oficial, no hay la menor alusión al sueño.

Sin embargo, cerca de tres siglos después lo vemos resurgir, modificado, en los escritos de uno de los evangelizadores de la Nueva España. Las modificaciones son importantes: ha dejado de ser un ser humano para convertirse en estatua: el vientre de cristal se ha endurecido hasta volverse metálico; ha perdido el manto que la identificaba con la pobreza y, en suma, ha quedado asimilada —salvo por el detalle de los pies— a la soñada por el rey babilonio, convirtiéndose así en símil del proceso histórico.[21] ¿Cuándo y dónde sufrió estos cambios? En un lapso de tres siglos pueden suceder muchas cosas y perderse muchas huellas, pero creo probable que los autores de las modificaciones hayan sido los "espirituales" franciscanos que, influidos por los escritos de Joaquín de Fiori, vieron en el santo de Asís al heraldo de la tercera edad, la del Espíritu Santo, que debía preceder al milenio. Desde

21 Este sueño de la estatua debe haber sido muy conocido entre los franciscanos de la Nueva España, ya que en el Colegio de Guadalupe, en Zacatecas, existe una pintura con este tema dentro de la serie sobre la vida del santo. He tenido noticias orales de otros cuadros semejantes, sin que mis informadores me hayan podido precisar en qué iglesias se encuentran.

luego, el que san Francisco haya llegado a ser el centro de muchas especulaciones proféticas, casi no puede causar extrañeza. Su unicidad, no sólo dentro del género humano, sino aun dentro de lo que pudiéramos llamar la especie "santo", le hace difícil de entender aun para sus contemporáneos. De allí que ya a pocos años de su muerte se empezara a ver en él algo más que un hombre o un santo, el nuevo Mesías profetizado por Joaquín. Sabemos, por otra parte, que los "espirituales" fueron excomulgados a principios del siglo XIV y, en teoría, esto debió poner fin a cualquier tendencia milenarista entre los franciscanos. Pero, como ya dije antes, legislar en materia teológica es siempre asunto espinoso y algunas ideas "peligrosas" se las arreglan para seguir vivas aun dentro de la ortodoxia, sobre todo cuando lo "peligroso" radica tan sólo en el matiz que se dé a ciertas palabras o a ciertos giros. Si a todo esto agregamos que las ideas, como los microorganismos, pueden permanecer latentes hasta encontrar el medio adecuado, no nos resultará ya tan extraño ver cómo el sueño de san Francisco reaparece tres siglos después ya completamente asimilado al de Nabucodonosor. Pues ¿qué ambiente más propicio podían pedir todos estos anhelos milenaristas y apocalípticos que el momento en que el surgimiento de un mundo nuevo hizo pensar que, al fin, se alcanzarían los "cielos nuevos y la tierra nueva" profetizados en la Biblia? A mi ver, esto explica que el optimismo de Motolinía lo lleve, a pesar de su cautela, a adoptar el papel que reprocha al de Las Casas ("adivino o profeta") y en un momento dado se sirva de las imágenes apocalípticas para instar al emperador a realizar las viejas esperanzas.

Si de Motolinía pasamos a fray Jerónimo de Mendieta —cuyo milenarismo consciente y expreso ha sido magistralmente estudiado por Phelan—, el panorama cambiará por completo para proporcionarnos nuevas sorpresas. Lo primero que llama la atención es que Mendieta, en vez de apoyarse en los textos tradicionales, parezca rehuirlos. Su argumentación se basa, sobre todo, en la parábola de "Los

invitados descorteses" que aparece en el capítulo XIV de san Lucas y que fuera usada en muchos de los grandes debates teológicos del cristianismo,[22] pero que no tiene una connotación expresamente milenarista. Antes de Mendieta —y en el contexto americano— la emplearon tanto Las Casas como Sepúlveda para defender sus respectivos puntos de vista acerca del modo de convertir a los indígenas a la fe de Cristo. Pero es Mendieta quien hace de ella la imagen de una monarquía universal, redondeando su interpretación con citas de los Salmos, los Evangelios y el Apocalipsis. Lo sorprendente es que tales citas no se refieren nunca a los pasajes más característicamente milenaristas. No toma en cuenta el Discurso escatológico en ninguna de sus versiones y apenas si encontramos una que otra mención a la imaginería apocalíptica —batallas, dragones, ángeles, bestias, serpientes o estatuas— que acicateara la fantasía de los movimientos milenaristas durante tantos siglos. Este "milenarista elitista" —según la definición de Phelan— parece huir deliberadamente de todas las imágenes que pueblan los escritos de los milenaristas revolucionarios. Quizá porque no quiere ser confundido con ellos, ni despertar las sospechas de sus superiores. Se ha dicho que la obra de Mendieta es "calladamente subversiva" y esto explica tal vez su cuidadosa evitación de los textos más controvertidos, las visiones más enigmáticas, los giros más violentos. Y esto lo hace, sin duda, mucho más original. No reinterpreta, a la luz de los sucesos contemporáneos, los viejos pasajes bíblicos en los que se expresa el ansia humana de liberación, sino que construye su teoría con materiales "nuevos", por así decirlo. Mendieta tiene, indudablemente, un gran conocimiento de los textos apocalípticos no sólo bíblicos, sino medievales[23] y se sirve de ellos,

[22] PHELAN, 1972, pp. 18 ss.

[23] Quizá fuera conveniente aclarar que de ningún modo considero que sólo Daniel, el Discurso escatológico y el Apocalipsis ofrecen apoyo al milenarismo. Los textos apocalípticos y milenaristas abundan tanto en el Viejo como en el Nuevo Testamento, pero lo notable en Men-

pero sólo como una especie de trasfondo. Nunca nos enfrenta abiertamente a ellos. Son referencias sutiles, veladas. "El que lea, que lo entienda."

Llegamos, por último, a fray Juan de Torquemada y a la *Monarquía indiana*. Poco es lo que se puede añadir —sea en elogio o vituperio— sobre este hombre y su obra. Sería, sin embargo, injusto pasarlo por alto, ya que en este breve examen hemos ido de sorpresa en sorpresa, viendo surgir las alusiones apocalípticas donde menos las esperábamos y comprobando que es posible levantar una teoría milenarista sin insistir demasiado en ellas. Veamos, pues, qué nos ofrece Torquemada, este hombre realista, tan alejado del optimismo de Motolinía como de la visión pesimista de Mendieta.

Por lo pronto, el título mismo de la obra resulta sugerente: *Monarquía indiana*, es decir, una más en la larga serie de intentos humanos por establecer un dominio "universal". Aunque, quizá, sea sólo la perniciosa influencia de la estatua de Nabucodonosor —a la que hemos visto introducirse subrepticiamente en la tradición franciscana a través del santo dormido— la que nos lleve a interpretarlo así. Desde luego, si el título fuera lo único que nos hiciera pensar en las monarquías mencionadas por Daniel, ¡aviados estábamos! pues sería tanto como ver "moros con tranchete" por todas partes. Creo, empero, que hay algo más en qué apoyarnos.

Antes de seguir adelante, tenemos que mencionar el problema adicional de establecer cuáles son las opiniones propias de Torquemada. Todos sabemos que la *Monarquía indiana* está construida a base de otras crónicas y sólo la paciencia de muchos estudiosos ha llegado a poner en claro qué capítulos o qué partes de un capítulo pertenecen a esta o aquella fuente, ya que no son muchas las veces que

dieta es la sutileza con la que presenta su pensamiento. Cita a Daniel, pero sólo las partes narrativas. Menciona a la bestia apocalíptica, pero de pasada y entre paréntesis. Utiliza a Jeremías, pero no destaca su connotación milenarista.

fray Juan se toma la molestia de señalarlas. Su negligencia llega a tanto que hasta se olvida de cambiar las oraciones escritas en primera persona. Y así son muy numerosos los "yo" que no se refieren al autor, sino, por lo común, a Mendieta. Pero hecha esta salvedad y procurando no caer en una trampa, resulta fácil establecer el propósito general de este franciscano y ver cómo las partes tomadas de otros autores fueron recortadas hasta ajustarías a ese propósito. Así, pues, será éste el que nos sirva de hilo conductor.

Para Torquemada, como para todos los historiadores cristianos anteriores, la historia es la historia de la salvación, de la que no puede quedar excluido ningún pueblo. De ahí el problema tan grave que plantean los moradores de estas tierras —desconocedores del Evangelio durante más de quince siglos— y que cada cronista trata de resolver a su modo. Algunos les proporcionan antepasados judíos (sea que provengan de las tribus perdidas o de la dispersión provocada por Tito), otros creen encontrar en su religión rastros de una predicación apostólica —pervertida y olvidada por el aislamiento— y otros más sostienen que se trata de los llamados en la "hora postrera" por el esfuerzo del pueblo elegido: España. Torquemada toma, a su vez, una especie de camino intermedio. Niega que haya habido una predicación anterior y acepta que España ha sido elegida por Dios para evangelizar estas tierras, pero en cierta forma se desvía del problema y toda su obra resulta un intento por demostrar que si bien estas gentes no tuvieron jamás contacto con el mundo conocido —son precisamente "otros" pueblos— y eran tan ignorados por la cristiandad como ignorantes de ella, nada impide que una vez descubiertos providencialmente lleguen a ocupar su puesto dentro de la ecumene cristiana. A base de una erudición bíblica y clásica que parece inagotable, fray Juan va trazando el paralelo entre los indios y los pueblos de la antigüedad a fin de demostrar que tan capaces fueron unos como otros de construir una gran cultura. Reconoce que cayeron en muchos errores desde luego, pero ¿qué pueblo antiguo o contemporáneo ha estado libre

de ellos? Y lo que es más importante, desde el momento en que la conquista los incorporó a la corriente general de la historia, han probado saber vivir el cristianismo tan bien o mejor que muchos "cristianos viejos". Quedan pues exculpados "del título de bestial que nuestros españoles les habían dado".[24]

Ahora bien, si el propósito de Torquemada es, por así decirlo, mostrar la plena humanidad de "esta pobre gente indiana" mediante el examen de sus logros pasados y presentes, le queda aún por explicar por qué estuvieron tantos siglos fuera de la ley evangélica y por qué un pequeño grupo de españoles pudo someter a tantos. En cuanto al primer problema, fray Juan no parece querer arriesgarse en sus procelosas aguas y se contenta con decir que son cosas reservadas a la sabiduría divina,[25] aun cuando más adelante asiente que "es lo cierto que todos estos hombres moradores de esta Nueva España, estaban ignorantes de los misterios altos de nuestra santa fe, de los cuales carecían, no por falta de haberlos en el mundo y ser su predicación ya hecha en él, sino porque, por culpas que cometían, les había hecho Dios indignos de tan grandes mercedes...".[26]

La llegada de Cortés es, en consecuencia, de acuerdo con el cronista franciscano, el hecho providencial que había de dar a los vencidos la mayor de las mercedes, el conocimiento de la fe católica. De ahí la importancia del libro IV, el llamado libro "De la conquista", verdadero eje de toda la *Monarquía indiana*, pues en él ha de explicarse, en lo que cabe, la acción de la Providencia sobre estos pueblos. Ya hemos visto que Torquemada hace suya la imagen de Cortés como hombre providencial, mero instrumento en manos de Dios que lo usa no sólo para abrir las puertas a la evangelización, sino para castigar los pecados de esta gente. La respues-

[24] TORQUEMADA, 1969, "Prólogo general y primero a toda la *Monarquía indiana*", *in fine*.

[25] *Cf.* TORQUEMADA, 1969, lib. XV, cap. XLVII.

[26] TORQUEMADA, 1969, lib. XV. cap. XLIX.

ta al segundo problema, que se encuentra en los dos últimos capítulos de este libro IV, es por tanto que no fue el puñado de españoles el que venció a la monarquía mexicana, sino sólo Dios, "debajo de cuyo amparo los nuestros hicieron esta tan insigne guerra y ganaron la victoria, siendo ésta imposible".[27] Cayó así el imperio azteca como cayó Israel y las monarquías de los caldeos, de los babilonios, de los griegos y de los romanos. "Todas —asegura Torquemada— al fin han tenido fin y entre ellas, aunque no ha sido de las que menos cuentan, esta mexicana acabó, como acabaron las otras; y acabando unas, comienzan otras, haciéndose el mundo batanero y en el batán de la vida, cuando deja caer un mazo, levanta otro." [28] Torquemada explica así, como bien dice Phelan, la caída de Tenochtitlan "en términos de una dialéctica medieval de la historia".[29] Dios es el único señor del acontecer histórico y usa hombres y pueblos según conviene a sus fines. Aquellos que lo olvidan no tardan en sentir el castigo que corresponde a su soberbia, "que cuando han estado en su mayor y más crecida pujanza, han caído de la cumbre más subida de su alteza".[30]

Pero Torquemada no se conforma con esta explicación y pasa a hablar de nuestra vieja conocida, usándola, es cierto, como símil de lo perecedero y no como imagen apocalíptica:

> ... porque aunque parecen poderosos [los imperios] y fuertes, que comienzan en cabeza de oro, pechos de plata, muslos y piernas de bronce y hierro ... acaban en pies y dedos de barro, por ser sus poseedores hombres mortales, hechos de tierra ... [31]

27 TORQUEMADA, 1969, lib. IV, cap. CV.
28 TORQUEMADA, 1969, lib. IV, cap. CV.
29 PHELAN, 1972, p. 161.
30 TORQUEMADA, 1969, lib. IV, cap. CV.
31 TORQUEMADA, 1969, lib. IV, cap. CV.

Como vemos, aunque cite al profeta Daniel y enumere las monarquías tradicionalmente identificadas con las partes de la estatua, sólo afirma que el sueño pronosticaba "mudanzas y traslaciones de reinos"; ni una palabra sobre la quinta monarquía. Ni tampoco peligrosas especulaciones apocalípticas. Sin embargo, hay algo que Torquemada, por cauteloso que fuera, no podía evitar —y además debe haber conocido su impotencia al respecto— y era que otros se lanzaran a las especulaciones apocalípticas a la simple mención de este texto. Como dice Phelan al explicar el empleo de ciertas citas bíblicas en Mendieta: "al lector moderno puede escapar el verdadero significado de las alusiones de Mendieta a Jeremías y al cautiverio babilonio, que tenían connotaciones específicas para los que eran conscientes del apocalipsis en el siglo XVI".[32] Creo que lo mismo puede decirse de la estatua del sueño de Nabucodonosor, sobre todo cuando el propio Phelan reconoce páginas más adelante el papel que la concepción de Daniel desempeñó en la secta milenarista inglesa conocida como los "Hombres de la quinta monarquía" y entre los milenaristas portugueses de ese mismo siglo XVII.[33]

¿Sería, pues, muy arriesgado pensar que aun el sensato y racional Torquemada tenía inclinaciones milenaristas? ¿Es esta cita de Daniel y el título mismo de la obra algo inocuo o son indicios de que también él, como sus hermanos franciscanos, creyó en algún momento que su misión en estas nuevas tierras era el anuncio de la consumación de los tiempos?

32 PHELAN, 1972, p. 148.
33 PHELAN, 1972, pp. 165-168.

SIGLAS Y REFERENCIAS

Ap	Apocalipsis
Dn	Daniel
Le	Lucas
Mc	Marcos
Mt	Mateo

Agustín de Hipona, san

Civitas Dei. Dado el gran número de ediciones, cito por libro y capítulo únicamente.

BARSOTTI, Divo

1967 *El apocalipsis — Una respuesta al tiempo,* Salamanca, Ediciones Sigueme.

Biblia

Todas las citas están tomadas de la versión llamada Biblia de Jerusalén.

COHN, Norman

1972 *En pos del milenio — Revolucionarios, milenaristas y anarquistas místicos de la edad media,* Barcelona, Barral editores.

Francisco de Asís, san

1971 *Sus escritos — Las florecillas — Biografías del santo por Celano, san Buenaventura y los tres compañeros — Espejo de perfección,* ed. preparada por Juan R. de Legísima, o.f.m. y Lino Gómez Canedo, o.f.m., Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos.

GROLLENBERG, Luc. H.

1972 *Visión nueva de la Biblia,* Barcelona, Editorial Herder.

MENDIETA, Jerónimo de

1971 *Historia eclesiástica indiana,* México, Editorial Porrúa.

MOTOLINÍA, Toribio de Benavente

1971 *Memoriales o libro de las cosas de la Nueva España*

y de los naturales de ella, edición preparada por Edmundo O'Gorman, México, UNAM.

PHELAN, John L.

1972 *El reino milenario de los franciscanos en el nuevo mundo*, México, UNAM.

TORQUEMADA, Juan de

1969 *Los veintiún libros rituales y monarquía indiana*, México, Editorial Porrúa.